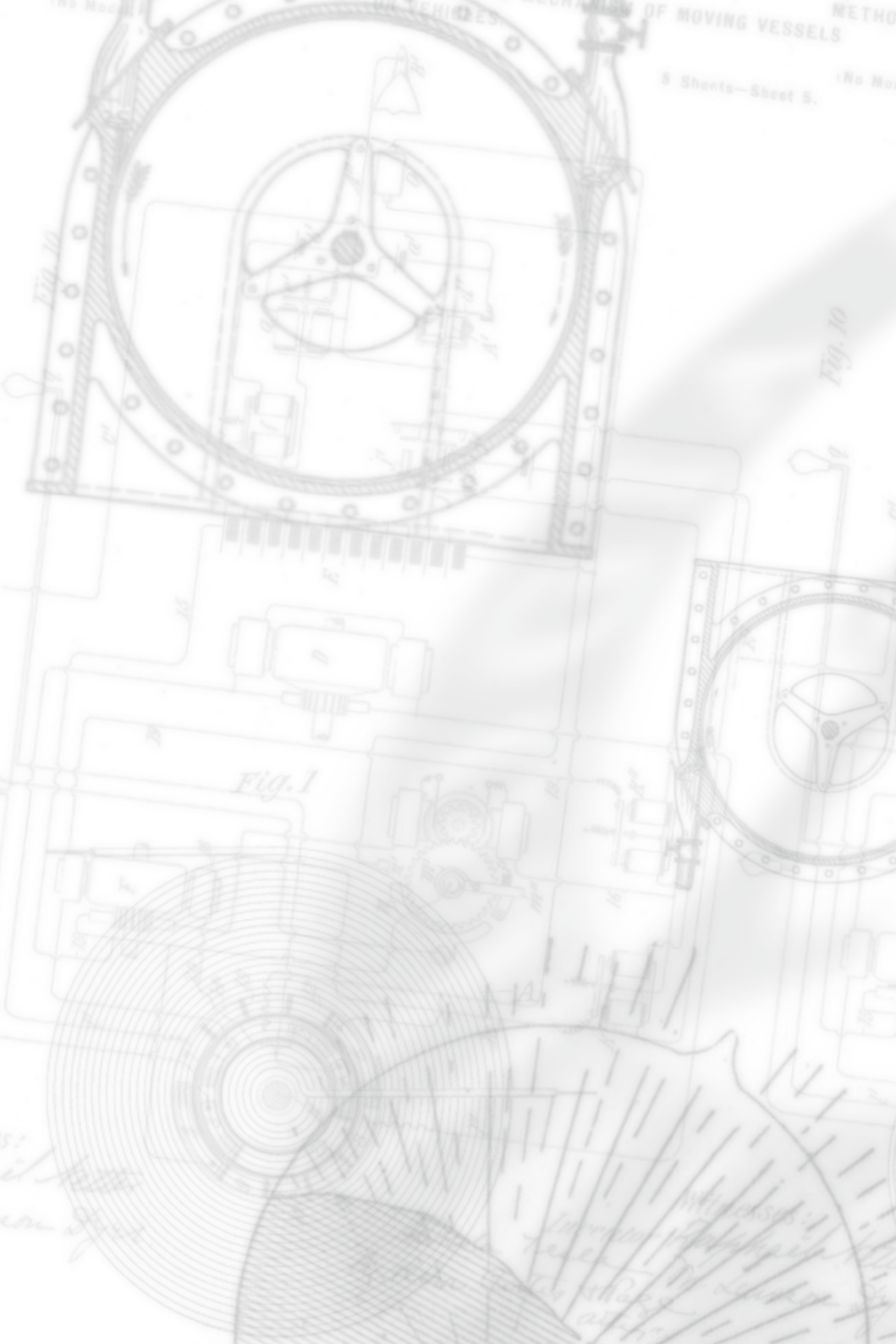


TRILOGÍA DE LOS ACCELERATI · LIBRO II

LA BOLERA DE EDISON

The book cover features a vibrant red background with a complex network of black and purple circuit-like lines. In the center, a glowing yellow-green vertical tube is surrounded by bright yellow lightning bolts. To the left, a girl in a futuristic, dark suit with glowing yellow eyes looks towards the center. To the right, a boy in a white lab coat and goggles looks at the glowing tube. The overall aesthetic is high-tech and futuristic.

NEAL SHUSTERMAN · ERIC ELFMAN





N. TESLA. Patented Nov. 8, 1898. (No Model.)
METHOD OF AND APPARATUS FOR CONTROLLING MECHANISM OF MOVING VESSELS OR VEHICLES.
3 Sheets—Sheet 5.
Fig. 10
Inventor Nikola Tesla



LIBRO II

TRILOGÍA DE LOS ACCELERATI · LIBRO II

LA BOLERA DE EDISON

NEAL SHUSTERMAN · ERIC ELFMAN

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Edison's Alley (The Accelerati Trilogy II)*

1.ª edición: octubre 2015

© Del texto: Neal Shusterman y Eric Elfman, 2015

Publicado por primera vez por Disney-Hiperion Books New York
Derechos de traducción negociados a través de Taryn Fagerness Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2015

© De la ilustración y diseño de cubierta: Alejandro Terán, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7169-2

Depósito legal: M-21209-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

ÍNDICE

1. Siempre hay un pez más gordo	11
2. El gordo flotante	15
3. Objetos teslanoides	25
4. El épico espectáculo de la caída humana	36
5. Inconvenientes de no estar muerto	41
6. Una langosta y una señora de cocina	51
7. El trile	57
8. «Los dos sabemos que lo has hecho a propósito»	64
9. Todas las cosas que caen	71
10. Anatomía de Gray y un gujero negro	81
11. La alternativa es aterradora	91
12. Adiós, Kitty	100
13. Caminando por la plancha	106
14. Espera un momento	118
15. Teoría de cuerdas	125
16. El arpa del contratiempo	132
17. ¡Congélese!	143
18. La bolera de Edison	153
19. Un palo, un poste o un garrote	164
20. Portátiles, tabletas y teléfonos, ay, Dios mío	176
21. Lagos y cruasanes	181
22. Ni un pelo de tonto	187
23. Se ha ido la luz	196
24. ¡Aaah...! ¡Oooh...!	202
25. El gran maleficio	208

26. Cristales	211
27. Un mundo cobarde	223
28. La perrita a la que no atropelló un camión	232
29. Hasta la trompa de Eustaquio	238
30. El silbido de mil serpientes	250
31. Los dioses de la energía	260
32. Cometido misterioso	274
33. Quid pro quo	290
34. En algún lugar de Nueva Jersey	293

*A todos los profesores y libreros, que son esenciales
en la vida de los niños*
—N. S.

*A los profesores de ciencia que me inspiraron, y a todos los
profesores que me animaron, y a Jan, Robby, y mamá*
—E. E.

1. SIEMPRE HAY UN PEZ MÁS GORDO

El doctor Alan Jorgenson, jefe indiscutido de los Accelerati, llamó al timbre de la vieja casa, dispuesto a encontrarse con su superior, pues en este mundo hasta los jefes tienen jefe. Aunque uno pueda presumir de ser el pez gordo, siempre hay otro pez más gordo y más fiero con el que tiene que lidiar.

Y en lo que se refiere a peces, pocos podían ser más gordos que el que le daba las órdenes a Jorgenson.

El ama de llaves de la casa abrió la puerta, le sonrió y lo dejó pasar:

—Es un verdadero placer verlo, señor Jorgenson —le dijo.

—Doctor Jorgenson —corrigió él.

—Sí, sí, qué tonta soy.

Jorgenson miró a su alrededor. La casa no había cambiado en años. Nunca cambiaba. Eso resultaba reconfortante para alguien como él, que era un agente del cambio. Saber que algunas cosas eran para siempre le proporcionaba una cierta base en la que reposar.

—Le está esperando, ya lo creo —dijo el ama de llaves con un pronunciado acento *cockney*, como si hubiera salido de los bajos fondos de la Inglaterra industrial¹.

¹ El *cockney* es el dialecto que hablan los habitantes del East End de Londres, zona del este de la ciudad.

Por lo que sabía Jorgenson, el ama de llaves nunca había estado en Inglaterra, y ni por asomo procedía de allá. De tener algo, habría tenido una sensibilidad germánica, ya que su ropa venía de Düsseldorf. Su jefe, aunque fuera americano, prefería que su vida doméstica tuviera un toque británico. Hasta el aire que se respiraba en la casa portaba un aroma de sensibilidad victoriana².

—Está en el salón de recibir. ¿Le apetece una infusión, señor? Tenemos una maravillosa Oolongevity, y también té negro.

—Me basta con agua, señora Higgenbotham.

—¿Desea el agua filtrada transdimensionalmente o simplemente del grifo?

—Del grifo está bien, gracias.

—¿Enfriada cuánticamente o...?

—Usted tráigamela.

—Como desee, señor.

El salón de recibir se encontraba, como siempre, a oscuras. El anciano que ocupaba la alta butaca de cuero rojo estaba rodeado por una perpetua nube de humo de cigarro.

—Buenas noches, Al —dijo.

Jorgenson se sentó.

—Buenas noches a usted, Al —respondió.

Aquel era su saludo de costumbre.

Jorgenson aguardó que sus ojos se habituaran a la oscuridad, pero sabía que no llegarían a conseguirlo, de tan escasa como era la luz.

² Se llama victorianas a las cosas de la época de la reina Victoria I en Inglaterra, que comprende toda la segunda mitad del siglo XIX y un poco más. Se trata de una época de prosperidad e industrialización, en la que la mayor parte de la población pasa a vivir en ciudades. En lo social, se caracteriza por las duras condiciones de los trabajadores y, en la clase alta, por el moralismo y un refinamiento sin excesos.

«Qué ironía», pensó Jorgenson, «que este hombre, esta lumbrera, desprecie de este modo la luz. Tal vez es que no soporta ver luces que brillen más que él mismo».

—Supongo que debería felicitarle —dijo el anciano— por el hecho de que la incompetencia de su equipo no haya acarreado el fin del mundo.

Jorgenson sonrió al recordar el enorme asteroide que había estado a punto de terminar con toda la vida en la Tierra hacía tan solo unas semanas.

—Asumo la responsabilidad de esa debacle.

—Es muy noble por su parte aceptar la culpa —dijo el anciano desde el interior de su nube de humo—, pero había otras fuerzas en juego. Desde el principio estuvo fuera de su control.

Para Jorgenson, la idea de que algo estuviera fuera de su control era como una bofetada. Aun así, tenía que admitir que, incluso con una gran cantidad de tecnología, dinero e influencia al alcance de las manos, no podía hacer nada para cambiar el resultado del incidente del Mazazo Celestial de Felicity.

—Ese chico, Nick Slate, y sus amigos son más listos de lo que creíamos.

—Sí, el chico... —dijo el anciano lanzando un suspiro—. Nos encargaremos de él cuando llegue el momento. Ese es un honor que le reservaré.

Jorgenson esbozó una sonrisa.

—Créame que será un placer.

—Pero solo cuando llegue el momento. Mientras tanto, hay otras cosas que considerar...

Al oír un crujido de la madera del suelo, Jorgenson se volvió y vio a la señora Higgenbotham entrando con una copa de agua que se había convertido en un hielo que exhibía el color de un glaciar.

—Tenemos problemas con el chisme ese del enfriamiento cuántico. Pero ya sabe lo que dicen: «Cuando todo

va bien en el mundo, hasta las ardillas cantan». ¿Y quién quiere que canten las ardillas? —Le dio una palmada en el hombro—: Al final se derretirá.

—¿No le parece curioso —preguntó el anciano, en cuanto salió el ama de llaves— que el asteroide ese del Mazazo Celestial haya terminado entrando en una órbita tan estable como la de la luna?

Jorgenson sabía adónde quería ir a parar, pero siguió como si no lo supiera:

—Algunos lo llaman suerte. Otros dicen que fue una intervención divina...

Ante aquella idea, el anciano hizo un gesto de rechazo con la mano, y debido a ese movimiento, el humo del tabaco describió un perezoso remolino.

—No es ninguna de esas dos cosas, y usted lo sabe. Más bien es parte de un plan, de un plan muy humano, diseñado por una gran mente. Por desgracia, esa mente no era lo bastante grande para saber lo que le convenía. —Entonces el anciano sonrió—. Y por ese motivo seremos nosotros los que cosecharemos los beneficios de la empresa más importante de todas las de Tesla. —Apuntó a Jorgenson con el cigarro—: A corto plazo, sin embargo, son los esfuerzos de usted los que marcarán toda la diferencia. —Entonces el anciano exhaló el humo con tal fuerza que este salvó la distancia entre ellos, llenó las narices de Jorgenson y le escoció en los ojos—. Espero que usted, como jefe de los Accelerati, me impresione —dijo el anciano, con una pizca precisa de amenaza en la voz—. No me conformaré con menos.

Jorgenson se agarró a la silla como si esta fuera a salir volando.

—¿Y a largo plazo...? —preguntó—. Sospecho que tiene usted un plan propio, ¿no es así?

—Lo tengo —dijo el anciano, inclinándose hacia delante por primera vez—. Y es un plan grandioso.



2. EL GORDO FLOTANTE

El mundo no se había acabado..., cosa que resultaba poco conveniente. El Mazazo Celestial de Felicity (insólito nombre del asteroide que había estado a punto de colisionar con la Tierra), en vez de acabar con toda la vida tal como la conocemos, podía ser contemplado en el cielo nocturno. No era ni mucho menos del tamaño de la luna, claro está, pero sí se veía más grande que un planeta.

Tras un breve periodo de celebración que duró menos de una semana, el mundo regresó a sus costumbres pre-Mazazo. Los horrores de la guerra, de la opresión y de la telerrealidad, todos los cuales podrían haber terminado con el impacto de aquel meteoro bien situado, regresaron con todas las ganas, y Nick Slate se vio de nuevo ante la necesidad de desenredar el enorme lío que había llevado al mundo al borde de la extinción. Se tomaba esa responsabilidad muy en serio.

Lentos pero seguros, Nick y sus amigos iban reuniendo los extraños objetos que Nick había vendido en su mercadillo casero unas semanas antes, y los iban llevando de regreso a su desván. La misión de recuperación de aquel día iba a ser un auténtico reto. Requeriría toda la capacidad de persuasión y toda la voluntad de hierro combinadas de Nick y de su amiga Caitlin. Y, probablemente, también requeriría una cantidad de dinero que no tenían.

—¿Estás seguro de verdad de que es el mismo hombre del mercadillo de tu casa? —le preguntó Caitlin mientras ella y Nick se acercaban a una casa en la que crecían, descuidados, setos que nadie podaba, y donde los árboles extendían sus ramas casi hasta el suelo.

—A lo mejor me equivoco —le respondió Nick—, pero recuerdo un tipo gordo y enérgico en el mercadillo, y este tipo desde luego encaja en la descripción.

Caitlin lo miró fijamente:

—Resulta cruel e insensible llamar «tipo gordo» a una persona con obesidad mórbida. Yo tengo un tío que tiene que vérselas con ese problema y, te lo puedo asegurar, no es una cruz fácil de llevar.

—Lo siento —dijo Nick. Mirando a Caitlin, no se podía imaginar que nadie en su familia fuera otra cosa que esbelto y hermoso, o al menos bien arreglado y proporcionado—. Lo hubiera llamado «un caballero grande», pero no tenía nada de caballero. Más bien resultaba asqueroso hasta el último gramo.

Caitlin asintió con la cabeza y suspiró.

—Los asquerosos se presentan en todas las formas y tamaños.

Nick se había tropezado con él en la verdulería, donde el hombre había estado discutiendo rudamente con el director por el precio de un melón. Nick había visto que había pulsado la tecla de otra fruta más barata. Aunque podría haberse dado por vencido, siguió y siguió en sus trece, espantado todo el tiempo por la audacia del chico y el hecho de que algún ser humano pudiera discutir a propósito de un melón. Algo en la manera en que discutía le hizo recordar que un cliente le había regateado agresivamente el precio de un artículo en su ahora notorio mercadillo casero. Se dio cuenta entonces de que se trataba del mismo tipo pendenciero.

—¿Recuerdas qué fue lo que compró? —le preguntó Caitlin. Los dos estaban dudando si seguir hasta la puerta de la casa del hombre.

—No estoy seguro —dijo Nick—, pero me parece que era una máquina de pesas.

Cuando uno vende las cosas viejas a la puerta de su casa, no espera volver a ver nunca las cosas que ha vendido a los confiados vecinos. Pero cuando los artículos resultan ser los inventos perdidos del científico más grande de la humanidad, la cara de uno no puede llegar a sonrojarse lo bastante para hacer justicia a esa metedura de pata.

Tal vez si Tesla no los hubiera disimulado dándoles el aspecto de trastos normales de la casa, Nick habría podido sospechar que las cosas que había en su desván tenían, cada una de ellas, una finalidad más importante que la que parecían tener. Ahora Nick comprendía que el inventor no había querido que aquellos artículos fueran descubiertos por la sociedad secreta de científicos conocidos como «los Accelerati». Pero Nick no lo había sabido en su momento, y los inventos se habían dispersado por el mundo, causando peculiares estragos.

Y aun así Nick tenía que preguntarse, a pesar del claro y presente peligro que suponían los objetos, si había también un método en aquella locura. Tal vez todo lo que había sucedido fuera parte del plan maestro del inventor.

Por ejemplo, su hermano había provocado, sin saberlo y usando una especie de imán cósmico en forma de guante de béisbol, que cambiara de rumbo un asteroide y se dirigiera directo a colisionar con la Tierra. ¿Podía ser una coincidencia que su padre hubiera blandido otra especie de imán celestial de efecto opuesto (es decir: efecto repulsor) que tenía forma de bate de béisbol?

Nick sabía que tenía que recuperar cada uno de los artículos vendidos en su mercadillo casero, pero también

sospechaba que al mismo tiempo necesitaban estar por ahí, al menos por un breve periodo, pues la gente a cuya vida afectaban aquellos objetos era también, de algún modo, parte del grandioso mecanismo de Tesla. Nick encontraba un poco irritante ser manipulado por un genio que había fallecido hacía bastante tiempo, pero a la vez le reconfortaba la idea de que tal vez fuera la pieza central de una máquina que estaba realizando algo que realmente merecía la pena.

Él y Caitlin habían comprendido que todos los inventos encajaban entre ellos para formar un aparato más grande, el Emisor de Energía de Amplio Alcance, que había sido para Tesla la obra de su vida. Eran los únicos que se habían dado cuenta de ello. Qué haría exactamente aquel Emisor de Energía de Amplio Alcance cuando estuviera completo, eso no lo sabían muy bien. Lo único que Nick sabía era que sentía la necesidad de completarlo.

Cuando se acercaban a la casa del hombre del melón, Nick empezó a oír un golpeteo rítmico de metal contra metal, un sonido que reconocerá cualquiera que haya estado alguna vez en un gimnasio.

—Está ahí dentro —dijo Nick—. Está usando la máquina de pesas.

Caitlin lo agarró antes de que se acercara demasiado a la puerta. Una sombra de miedo cruzó por su rostro.

—¿Qué piensas que hará la máquina?

Nick no quería meterse en especulaciones porque, si lo hacía, no entraría nunca.

—No tardaremos en averiguarlo —fue su respuesta.

Pero en vez de dirigirse directamente a la puerta principal, decidieron estudiar el lugar antes. Se metieron sigilosamente por la densa maleza que había en el lateral de la casa. Al acercarse a la ventana, pudieron notar que se les ponían los pelos de punta. Y resultó que había motivo para ello.

—Levántame un poco para que pueda ver —dijo Caitlin. Nick bajó las manos y entrelazó los dedos para que ella pudiera poner el pie sobre ellas, y a continuación la izó un poco más alto.

Había previsto el peso de Caitlin al levantarla, pero pensó que debía de haber calculado mal, pues la encontró sorprendentemente ligera. Resultó que también había un motivo para eso.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó.

—¡Veo la máquina! —dijo—. Está justo en el medio de la habitación, pero...

—¿Pero qué...?

—Que no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? Oigo a una persona moviendo las pesas.

—Eso es lo que quiero decir. Que la máquina lo hace todo ella sola.

De repente se abrió la ventana, y apareció el voluminoso habitante de la casa para tirar de Caitlin, arrancándola de las manos de Nick y metiéndola dentro.

—¡Caitlin! —gritó Nick.

Un momento después, salió de la ventana una mano que agarró a Nick por el pelo y, con lo que parecía una fuerza sobrehumana, Nick fue levantado del suelo y pasó a través de la ventana.

Primero, vino una intensa sensación de desorientación. Caitlin, Nick y el hombre del melón se dieron la vuelta, pero no llegaron a caerse del todo. Nick descolocó una fotografía enmarcada, pero la foto tampoco llegó a caer. Lo que hizo fue flotar, dando vueltas hasta que chocó contra el techo y rebotó.

Nick lo comprendió enseguida. Levantó la mirada, aunque en realidad lo que hizo fue bajarla, y vio aquella máquina de pesas de aspecto antiguo, cuyo émbolo golpeaba

y cuyos cables se tensaban sin cesar. Aquella era una máquina de pesas en un sentido muy literal: era un aparato antigravitatorio que desproveía de peso a todo lo que se encontraba a su alrededor, lo cual explicaba por qué Caitlin le había parecido tan ligera justo en el borde del campo antigravitatorio, y también por qué el pelo se les había puesto de punta a los dos. Cada golpe del hierro creaba una onda de energía que era invisible, aunque Nick podía sentirla en las tripas, los oídos y los ojos.

—¿Creéis que no sé quiénes sois? ¿Os pensáis que no sé que me habéis estado espiando? —La voz del hombre retumbó en el mismo tono airado que había empleado para discutir con el director del supermercado. Era, efectivamente, un hombre muy grande, y aún lo parecía más con su masa corporal liberada de la gravedad terrestre. Empujó a Nick, y ambos salieron volando en sentidos opuestos, aunque Nick iba mucho más rápido.

Caitlin intentó coger al hombre, pero no pudo. Simplemente pasó flotando por delante de él, moviendo frenéticamente los brazos y las piernas como si nadara en el aire.

Nick golpeó una viga en el techo abovedado y gritó de dolor. Aunque no tuviera peso, seguía teniendo la inercia suficiente para hacerse daño.

Fue entonces cuando Caitlin, que había alcanzado la pared opuesta, se lanzó a la acción. Se propulsó desde la pared, convirtiéndose en un proyectil humano apuntado justo contra el hombre que se hallaba en el centro de la habitación. Él, sin embargo, era mucho más hábil maniobrando en caída libre. Con un leve movimiento de muñeca, desplazó todo su cuerpo para evitarla, y a continuación se fue volando hacia la esquina opuesta, desde la cual los observó como observa una araña a sus víctimas desde el centro de su tela.

—¡No os la podéis llevar! ¡Es mía!

Era una figura intimidante que flotaba en el corazón de su guarida, sujetándose a un asa que estaba atornillada a una viga transversal del techo. Nick miró a su alrededor y vio que había otras asas fijadas estratégicamente en las paredes y el techo, para que el hombre pudiera desplazarse por la casa desprovisto de peso.

—¿Os hacéis una idea de lo que es luchar con el peso durante toda tu vida, y un día encontrarte completamente libre de él? Seguramente no os podéis imaginar lo liberador que resulta. ¡Así que no dejaré que me robéis esa máquina!

Volvió a atacar a Nick: lo agarró, y lo volvió a lanzar por la habitación.

Nick giró, y se hizo daño en el hombro al golpear contra la máquina de pesas. Rebotó de ella y, afortunadamente, se encontró chocando contra un sofá que estaba fijado al suelo. Hubiera preferido quedarse en él, pero el sofá actuó como una cama elástica y rebotó contra el techo.

—¡Por favor! —dijo Caitlin—, solo queremos que nos escuche.

—Tampoco las palabras pesan nada aquí —dijo el hombre—. ¡Y menos las vuestras!

Nick volvió a pegar contra el techo, pero esta vez pudo agarrarse a una de las asas y estabilizarse.

—No queremos contarle ninguna mentira —explicó Nick—. Pero tenemos que recuperar la máquina.

—Estamos dispuestos a pagarle —dijo Caitlin, algo que hizo reír al hombre.

—¿Os creéis que soy tonto? ¡No hay dinero bastante en el mundo para pagar lo que vale esta máquina!

—Lo sabemos —le dijo Nick, y entonces se aventuró—: Pero vamos a hablar de usted. Desde que usted puso en funcionamiento esa máquina, vivir sin ella se ha ido haciendo más y más difícil, ¿a que sí?

El hombre frunció los labios poniendo cara de pocos amigos.

—Vosotros no sabéis nada —gruñó.

Nick prosiguió:

—Cuando la máquina está apagada, usted pesa aún más que antes. Sus brazos se han debilitado, sus piernas están más débiles aún, y usted apenas se puede mover. Por eso se muestra usted tan malhumorado en la calle. Está todo el tiempo cansado... y por eso cada vez sale menos...

—¡Eso no tiene nada que ver con la máquina! —gritó el hombre. Ya no parecía una araña en su tela, sino más bien una criatura acorralada. No había sido demasiado difícil para Nick comprender qué era lo que le sucedía al hombre. Cuando uno no pesa, no emplea los músculos. Y cuando uno no emplea sus músculos, no quema calorías. Aquel tipo estaba engordando a un ritmo alarmante.

—Esa máquina le está matando —le dijo Nick—. Tal vez no lo quiera admitir, pero usted sabe que es verdad lo que le digo. —Se balanceó para alcanzar otra asa que le permitiera acercarse ligeramente al hombre. Caitlin estaba ahora detrás del hombre, fuera de su vista. Nick esperó que supiera lo que tenía que hacer.

Nick siguió mirando a los ojos al hombre, cuyo rostro se ponía colorado, mientras de los ojos le salían lágrimas que se iban flotando por el aire.

—La libertad no es la libertad cuando uno se vuelve adicto a ella.

—Pero no puedo parar, ¿es que no lo entiendes? No puedo apagar la máquina, porque si lo hiciera, si lo hiciera...

Nick alargó la mano y se la puso en el hombro:

—Lo sé: si usted lo hiciera, entonces se derrumbaría todo. —Entonces se volvió hacia Caitlin y le gritó—: ¡Ahora!

Y Caitlin, que se había ido acercando a la máquina balanceándose de asa en asa, metió la mano en el aparato y

sacó la clavija para que cayeran las pesas, haciendo que la máquina se parara de repente.

En el instante en que eso sucedió, todas las cosas (y todas las personas) que no estaban sujetas a algo cayeron al suelo. La gravedad, que estaba claro que no estaba nada contenta con aquel descarado desafío a su ley, los castigaba. Nick y el hombre voluminoso pegaron contra el suelo, con solo la delgada capa de una raída alfombra para amortiguar la caída. Cualquiera de ellos podría haberse roto el cuello, o la columna, o cualquier otra parte de su anatomía, pero la buena suerte los dejó con solo unos moratones.

Sonriendo, Nick se levantó, notando que el repentino retorno de la gravedad le hacía sentirse débil tras un lapso de tan solo cinco minutos.

Caitlin se sintió desorientada pero no herida, porque en el momento de caer se encontraba cerca del suelo. Notó que la breve contienda había descolocado varias cosas de la habitación, tales como los cojines del sofá y una fotografía. El cristal que la protegía se había roto, y los añicos se esparcían por la alfombra.

«Esos cristales serán un peligro si las cosas vuelven a perder su peso», pensó Caitlin.

Se dirigió hacia Nick, temiéndose lo peor al ver el dolor en su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, me parece que sí —dijo.

Y entonces Caitlin miró al hombre, que estaba tendido en el suelo con el cuerpo sacudido por los sollozos. Pero ella comprendió que no era por el dolor de la caída.

Cuando Nick se levantó, recuperándose, Caitlin se fue a examinar al hombre, que más que propietario de la máquina parecía su víctima. Forcejeaba intentando ponerse en pie, pero no podía. Caitlin recordó que los astronautas

que han estado demasiado tiempo en el espacio apenas pueden andar cuando vuelven a la Tierra, debido a la rapidez con que se atrofian los músculos en un entorno sin gravedad. Se maravilló de que Nick hubiera tenido la inteligencia de comprenderlo cuando aún estaban flotando.

Cada vez que Nick hacía algo verdaderamente insensible o tonto, después se redimía haciendo algo brillante y profundamente inteligente. Caitlin sabía que si él fuera solo brillante e inteligente, le disgustaría, igual que si fuera exclusivamente insensible y tonto. Pero lo cierto era que Nick pasaba todo el tiempo de un estado al otro, y eso lo hacía muy interesante.

—¿Por qué ha tenido que estropearse todo? —se lamentaba el voluminoso hombre. Ella se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Tal vez todo tenía que estropearse —dijo ella con suavidad— para que llegara este momento.

El hombre levantó la vista hacia ella, con ojos inquisitivos.

Entre los restos esparcidos por la habitación había un bolígrafo. Caitlin encontró también un pedacito de papel, y escribió en él un nombre y un número de teléfono.

—Mi tío lucha contra la obesidad y el metabolismo lento. Dirige una clínica para gente que está harta de las dietas de moda. —Miró a la máquina—. Sí, y de otros trucos para perder peso.

El hombre cogió el papel y lo miró.

—Él le ayudará a levantarse... por así decirlo —le dijo ella compasivamente—. Cuando usted esté preparado.

El hombre no ofreció resistencia cuando se llevaron la máquina de la casa, demostrando que, en realidad, ya estaba preparado.



LIBRO II

Nick y sus amigos han ido reuniendo de nuevo en el desván los extraños objetos que habían pertenecido al extravagante inventor Nikola Tesla. Todos los inventos encajan entre ellos para formar un aparato más grande, el Emisor de Energía de Amplio Alcance, que había sido para Tesla la obra de su vida. Nick y Caitlin son los únicos que se han dado cuenta de ello. Qué haría exactamente aquella máquina cuando estuviera completa, eso no lo saben muy bien. Lo único que Nick sabe es que siente la necesidad de completarla, y que no desearía un mundo en el que los Accelerati, esa amenazadora sociedad secreta de científicos, se apoderaran de todos los inventos de Tesla.

Enigmas y sociedades secretas,
los ingeniosos inventos de un científico loco
y un peligroso juego que alcanza consecuencias
de galácticas dimensiones

Booktrailer

1578229

ISBN 978-84-678-7169-2



9 788467 871692

ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

